

HISTORIA CON NOMBRES INVENTADOS

Ahora que estoy trabado con tinto negro de nescafé, que es del que yo hago porque ellos (los inga), como mi mamá, hacen tinto de águila roja, ahora que estoy trabado con mi tinto de nescafé (o colcafé será), y que estoy solo en esta casa ruda y fuerte, voy a empezar a escribir un capítulo de tesis que tendrá por tema el sur oriente de Bogotá, sitio de mi infancia, si eso es decir de mis cinco años a mis 22 años. Mi infancia y mi adolescencia en calles peligrosas y oscuras y frías en las noches, pocas noches, de fiestas. Y también en las otras noches.

Bien, eran las navidades un acontecimiento decembrino, como siempre han sido, y el barrio San Cristóbal sur parte alta se incendiaba con voladores pitos totes mechas mosquitos y otros artificios de fuego verdadero que pasaban silbando y gritando y soplando por todos los alrededores de nuestros cuerpos de personas comunes que en estos barrios viven. Los niños tomábamos vino con galletas en las piezas de La Pajarera, los grandes también pero sin galletas y con cerveza y aguardiente, tomábamos vino Z con galletas Caravana y salíamos a comprar pólvora. Comprábamos pólvora en los puestos improvisados que se inventaba la gente para satisfacer nuestro afán de fuego, o nuestros ojos endemoniados y pirómanos. Comprábamos pólvoras menores, que los voladores eran para los grandes, y yo ya no seré grande porque a los 27 no he echado el primer volador de gente grande, me quedé en los pitos y ya ni eso porque la última vez me tocaron las chispitas, ¡qué vaina no crecer! o crecer para comprobar que es prohibido lo que era un anhelo. Echábamos, pues, los pitos y los totes y las mechas y uno que otro osado dejaba que los mosquitos nacieran zumbaran y se murieran mientras ellos (alguna vez fui uno) sostenían el bicho entre sus dedos índice y

pulgar, o corazón y pulgar, en un acto de valentía que en principio fue apreciado, pero que como todas las valentías que se repiten con mucha frecuencia, dejó de ser un espectáculo. Y no era mucha la pólvora que se podía comprar con los escasos recursos que obteníamos de nuestros progenitores; o progenitoras, porque los padres a veces resultan escasos por no estar o por nunca haber estado. Así que no debía durar mucho, pero duraba; en esos años eran largas las navidades y los añonuevos, eran largos días en que la fiesta y el regocijo se sentían en el aire y en el color de las cosas. ¡Huele a navidad! Este verde de los árboles de espinas es un verde de árbol de navidad, es un verde precioso. Y el olor de esa pólvora... huele a puro añonuevo... ¡sí o qué!. Esas cosas no se decían pero hubieran podido haberse dicho.

Párrafo largo para mi nuevo trabajo nocturno de escritor de etnografías, párrafo largo y sensiblero que no se diga que no me acuerdo y que no me dan saudades, o no me vienen o no las sufro. Ahí están mis saudades, más para mí si vuelvo a leerlo que para usted señor(a) lector(a) de documentos académicos. Alguna razón habrá que dar para explicar este permisivo acto de literaria licencia en tan serio escrito y para tan seria institución¹; debo decir que son muchas y que son todas. Será que estamos embarcados en un viaje místico o que inevitablemente a donde vayamos iremos siempre con nosotros, esa es la razón. Debo decir también que lo que aquí se queda es lo que recuerdo que no es lo que pasó pero que si lo miramos con detenimiento y consideramos la naturaleza de lo recordado y de sus consecuencias sobre el esquivo presente, lo recordado, no solamente lo aquí escrito sino lo recordado en todos los presentes en que puede ser recordado y de todas las formas en que puede ser recordado, eso es lo que pasó. Fórmula que no considera lo que propone considerar porque las naturalezas son esquivas y la reflexión o el embotamiento del pensamiento pensando no pueden ser escritos. Más de esto será dicho cuando dicho sea. Por ahora volvamos (los dos, o vuelva usted que yo ya volví) al párrafo extenso de la descripción añoradora del mundo que me recibió; de la Bogotá que conocí.

¹ Porque siempre hay que dar explicaciones, este es nuestro afán de conocimiento, un afán de conocimiento endemoniado, el que nos trae a casas de gente que de otra manera no existiría y el que nos hace leer cosas que de otra manera no leeríamos, este es nuestro afán de explicación y es la razón de las explicaciones. Esta, como todas, es la religión del conocimiento, El conocimiento que nos llevará a donde no antes hemos estado. Esta es la fe en las palabras.

Largo corredor, pasillo o carretera peatonal dividía La Pajarera. Carretera de madera vieja, con listones de madera rotos, con huecos donde debía haber madera. Por ahí caían pequeños tesoros que aguardaban en el, ¿cómo se llamará eso?, que sería el zarzo si la casa estuviera patas arriba, pero que no estando así la casa, no lo es, y que por ahora será el espacio entre el suelo de tierra, que así son todos, y el suelo de madera, este sí es un artificio, sitio donde aguardaban juguetes variados y envejecidos y rotos y vejados por el mugre, juguetes que atesoraba el subsuelo de la casa, a la espera del valiente que se atreviera a desafiar la oscuridad, ese nunca fui yo. Ahí quedaron muchas bolas de cristal de las de jugar al toco o al cuadrado o a tres huecos; ahí quedaron muñecas de plástico, no Barbies, de esas con ojos que se cierran y se abren como en una película de terror, pero con las cuencas vacías o con un solo ojo y sin brazos o calvas o con los cabellos quemados; ahí quedaron carros de plástico también (¡qué coincidencia!) carros irreconocibles por lo vetustos y sucios; pero todos tesoros apreciados y guardados así fuera para que volvieran al lugar del que fueron rescatados porque los accidentes en estos huecos donde debía haber un piso de madera, eran comunes. Los huecos del suelo, donde debía haber un piso de madera. Estos huecos, donde debían haber pisos de madera en buen estado para que los quince o veinte niños de la casa no extraviaran los juguetes que sus padres, o sus madres, con mucho esfuerzo y poco dinero, les compraban.

Así nombrada por mi madre, La Pajarera tuvo muchos inquilinos a lo largo de sus innumerables años como casa de inquilinato, nunca fue otra cosa, no lo fue al menos para mí. Casa terrible con delincuentes y empleadas del servicio y prostitutas y desempleados y miserables y rusos, no de Rusia, y celadores y zapateros y vendedores de pomadas verdes y de perfumes para la felicidad y borrachos y lavadoras de ropas y trapeadoras de pisos y barrenderos y ni un solo gerente, todos con sus hijos, y nosotros ahí porque del campo siempre se llega a esos sitios. Porque éramos de los mismos, y lo somos. Nosotros: mi mamá y yo y mis tíos que también allí vivieron, vivieron con mis primos y primas y con sus mujeres intercambiables, y todos los que fueron mis amigos de más inocente infancia; mis amigos y yo, los que nos asustábamos en las noches y llevábamos piojos en la cabeza.

Allá vivía doña Gloria, una mujer bonita con el pelo largo y la piel blanca, con la nariz delgada y con los ojos negros. Vivía con sus hijos, con Víctor, con Jhon y con los otros, también con el marido. Jhon en unas vacaciones fue conmigo a la Aguadita, a la que era la finca de mi abuelita, a donde mi querida tía Adela. Jhon, niño moreno con oscuros ojos saltones; pelo negro y malas palabras. Jhon amigo de lo ajeno; Jhon 17 años bala en la espalda. Víctor, el pequeño esquivo y llorón, fue un soldado caído en combate; seis millones para la madre que los prestó, a sus hijos y al dinero. A ninguno le han devuelto.

Escribo acerca de una casa que hace más de veinte años no piso, acerca de una casa que ya no podré pisar. Porque estos no son mis pies de entonces, cinco años con pantalón largo (porque a mi mamá no le gustaba comprarme pantalones cortos y yo no usaba pantalonetas, niño serio) y con barriga inflada por innumerables llenuras de no adecuada alimentación, golosinas y pan, un café con cien de pan (la astronómica cifra de diez panes por cien pesos, y yo me los comía todos y me sobraba café en el pocillo); y también porque la casa fue derribada, demolida o se cayó de tantas conciencias que cargó y de tantas hambres que vio. Entonces mis pies ya no podrán volver a pisar los pisos de madera de las piezas, ni los pisos de cemento de la gran cocina compartida y del pequeño baño, ni el piso de tierra de la tierra que rodeaba la casa. Una casa alta con palomas grises viviendo en el zarzo, una casa rosada con grandes ventanas de madera a los lados y al frente, una rosada casa alta con las tejas de una forma y un color que no recuerdo. Una casa con su propio panal de abejas y con sus propios chamizos de árboles que nunca crecieron lo suficiente como para cargar niños; con un lavadero gigante en la parte trasera, donde también había un patio en el que a veces nos bañábamos.

Como usted ya se leyó la Antropología de la Pobreza no le voy a contar la historia de los televisores, sólo aclaro que allí no cobraban, pero también eran televisores comprados a crédito, y los programas eran los que acá daban: el chavo, el hombre nuclear, la mujer biónica, la maravilla, Tarzán de los monos y otros, que no tengo que acordarme de todos.

Pasando la calle polvorienta y empinada, como deben ser las calles en el sur oriente, empinadas a más no poder para que los carros destaralados hagan el mayor ruido posible, estaba el tierrero. Luego llamado

cancha del Maracaná, allí aprendimos a decir vulgaridades² (chino malparido) y a jugar bolas y tarrito y trompo y demás juegos arrebatadores (porque nos arrebataban) de los que volvíamos no limpios. El tierrero era parte de la misma loma en que quedaba la casa y otras casas, que no eran todas de inquilinato, era un lote alargado despoblado de arbustos, flanqueado por una quebradita, por la carretera y por la fábrica de ladrillos, próspera en ese tiempo, abandonada hoy. Al otro lado de la quebradita de cuyo nombre no puedo acordarme había un matorral que se agarraba con furia a una más pronunciada loma. Arriba de ella, la carretera nuevamente, la carretera que va para la Ye y luego para Villavicencio, antigua vía, y luego para más allá; y arriba de la carretera, la Escuela Distrital Pantaleón Gaitán Pérez.

(Escribo que se agarraba el matorral con furia, porque los pirómanos ojos y manos de los niños y jóvenes que por ahí jugábamos nunca evitaron acercar la candela a las matas de espinas; ellas se dejaban quemar y después volvían a su verde color y nosotros a los fósforos; estas matas de espinas son resistentes, no quieren soltar esa loma. Y el pasto tampoco.)

En ese lote del tierrero hacían de vez en vez, quién sabe en qué fechas, bazares. En esos días íbamos al bazar, no al tierrero; íbamos a ver al man que tocaba el himno nacional con los sobacos, que era el mismo que instalaba una ruleta de madera en la que apostábamos irrisorias sumas, y que era el mismo al que le decían El Cura, hombre flaco, peinado y de traje sucio, hombre pálido. Charlatán también debió ser pero a mí no me charló. Íbamos a ver el espectáculo de la vara de premios, palo flaco y altísimo, engrasado y con un canasto amarrado al extremo más lejano del suelo, al que nadie parecía poder ganarle hasta que un valiente se sobreponía a la grasa de motor y al vértigo y al balanceo amenazador del palo, y en un acto heroico desamarraba el canasto para disfrutar del vino, del aguardiente, de las galletas y de los enlatados que contenía el canasto, ¡el premio era una ancheta! Íbamos a buscar la manera de jugar entre toda esa gente.

Aparte de los juegos (la ruleta, la rana, el tejo, el pin ball de madera que llevaba otro tipo, el juego de las argollas que deben caer alrededor

² Que siendo delicados los espíritus que esto leen no será menester aquí escribir en su prolongada totalidad. No obstante, por ser consideradas palabras de mal gusto, estando aquí escritas (porque el tono es lo que ofende), podrán leerse (y esa debe ser su disposición de lector) con la antropológica mirada que le ha sido concedida, así lo del gusto no debe ser considerado. Chino malparido es de lo más barato si atendemos a lo costosas que pueden llegar a ser otras ofensas. Solía responderse. Malparido su marío.

de cuadros de madera con billetes pegados) también estaban los puestos de comida, los campeonatos de minitejo, las chicherías trasladadas a carpas de plástico, el parlante de los organizadores a todo el volumen que la cosa daba y la música estridente. Los bazares eran bien, diría yo hoy, y en ese tiempo también. Los bazares se prolongaban en las noches y el ruido, que entonces no me era molesto, acompañaba mis últimos minutos despierto, cuando me acostaba cansado, con los pies hormigueando, aún con el impulso de las carreras de un día de fiesta.

Esta noche³ no hay tinto porque no hay fósforos, unas cosas dependen de otras⁴, como esas cosas que escribí hoy, quizás por haber sido domingo, día de bazares, y por haber estado donde estoy; escuchando a la gente que grita al son de las jugadas de quienes compiten en las canchas de fútbol de este barrio Santa Rosa de Lima, a las once y cuarto de un domingo, muy tarde, mucho frío. O porque como siempre estoy conmigo termino relacionando todo, o empiezo relacionando todo, esa es la causa de que estemos embarcados en un viaje místico, cosa que parece lo mismo que antes había escrito, y puede que lo sea; sin embargo nada se pierde con darle la vuelta⁵.

A treinta minutos de pasos moderados está el barrio en que vivo del barrio en que escribo. Aquí también ladran los perros en las noches y borrachos perdidos y ladrones eufóricos y ansiosos sufren el frío de las calles igualmente empinadas y, ahora, igualmente pavimentadas. Aquí también se escuchan historias de robos de electrodomésticos y de muertes violentas publicadas en El Espacio, porque ya no está El Bogotano. Aquí también se compran los regalos en San Victorino y se ponen citas en Sancho Panza, aquí también estamos cerca del centro; y eso nos enorgullece. Sin embargo, no es este aquí el que ahora me ocupa, me ocupa el pasado o el presente que de él se ocupa que es otro aquí; un aquí en un día cualquiera en el barrio San Cristóbal sur parte alta, hace tantos días como los que veinte años tienen.

³ Usted comprenderá que esta noche no es la misma que era esta noche, eso es parte del delirio de las palabras o de las circunstancias del conocimiento, que sufre la avería que significa reducir la realidad para que nos quepa en la cabeza. También comprenderá que habrá otras noches y otros ahoras.

⁴ Esa relación no es tan simple aunque me sirva de pretexto para lo que sigue. El pretexto va antes del texto. No siendo esto último lo que seguía, no hay pretexto para la frase anterior, puntada sin dedal.

⁵ Habrá quienes sentencien que esta es una cuestión de matices, pero esta fórmula ya no me complace porque es demasiado fórmula. Pensamiento rebelde que se revela contra los rebeldes, como para no quedarse atrás. Concordemos en que las palabras se gastan, y que por eso los refranes ya no se entienden, aunque lo último no venga al caso, pero ya vino.

Segundo grado de primaria en la ya nombrada escuela, clase por la tarde, levantarse a las once y media para bañarse la cara y a estudiar, clase de doce a cinco con la profesora Lourdes, profesora de todas las materias, licenciada en matemáticas, profesora fea con el pelo corto y a mí no me gustaba ver mujeres con el pelo corto. Tampoco parecía que yo le gustase porque un día tuve que aguantarme el reglazo en la mano derecha, ese que había visto en otras manos derechas, y por el que nunca me preocupé hasta cuando me tocó. ¡Qué piedra! Así que nunca fui su alumno consentido, siendo hijo único consentido, el hijo de mi mamá, tuve que no ser el principal por primera vez.

La escuela no tenía los linderos claramente establecidos: jugábamos desde las tres en un potrero grande que estaba a la izquierda de la entrada, jugábamos atrás, en unos matorrales rebosantes de las ya conocidas matas de espinas (esas pocas veces las quemamos, debe ser porque allá, tan escondidas, nadie podía apreciar la obra del fuego), y al lado derecho en otro potrero, más pequeño pero con mejor pasto para rodarse, potrero que lindaba con la quebradita de cuyo nombre aún no he podido acordarme. Esos sitios eran un gran patio sin cercas, sin muros; a veces podíamos, los que vivíamos cerca de la escuela, ir a nuestras casas a tomar onces. Yo no iba porque mi mamá me llevaba crema de naranja con ponqué gala, todo un manjar. Eso no pasaba siempre, a veces ya no me gustaba.

Había quienes vivían lejos de allí, más arriba, casi en el campo, más allá de La Gran Colombia, en donde también había escuela, pero en todo caso iban a estudiar a la Pantaleón niños de por allá. Y esos eran los más desjuiciados, no aprendían, pero en general pocos aprendíamos porque los otros parecían estar ocupados en cosas, que no en las tareas. Tenían que cuidar vacas y terneros o tenían que llevar leña o madrugar a hacer oficios o tenían pereza, como Gleydis, que cuando yo iba en quinto continuaba en primero; ella cada año y medio tenía un nuevo hermanito para cuidar; luego se fue a vivir con alguien y no empezó a tener sus propios hijos.

También estaba Rafael, que era el único que me podía ganar en las notas (en segundo grado) a quien yo respetaba porque era grande (tres años más que yo tendría) y porque ya trabajaba y tenía plata y porque descubrió mis habilidades como arquero; Rafael era tan avispado que

hacía sus propios carros esferados para tirarse loma abajo y para trabajar en yo no sé qué. Rafael no terminó quinto grado para ser un ruso notable y un borracho famoso.

Richard, mi primer mejor amigo, un día empezó a no crecer, al contrario de su hermano, Jairo. Y tampoco siguió estudiando después de cuarto grado. Él hablaba como un vaquero, y después como un vaquero enano; él leyó mi primer cuento, antes de que la profesora Lourdes lo desechara. También se volvió ruso, y tampoco me hablaría si me lo encontrara. Ahora todos ellos son grandes y yo sigo haciendo tareas. Hombre de la academia, frase no mía⁶, como ninguna; hombre encerrado en las razones de la razón.

Antes de seguir diré, con estos labios de hueso y carne que no dicen sino escriben, que un nuevo ahora en una nueva noche (y el que quiera que saque sus cuentas) me acontece. Nuevo tinto nuevas manos nueva boca porque nadie hace dos tintos con las mismas aguas. O sí porque las aguas aguas son; o no porque las aguas no son las aguas. O no importa, porque un tinto siempre pasa cuando el tinto ocurre, es decir que no importa el pasado ni las aguas sino que el tinto exista. Diez de la noche entre el tinto y los perros callejeros y los perros caseros.

Fuimos al centro con Glaydis, con William y con doña Rosa, la madre de ellos; había otro niño, el chitín, así le decían, que después llamaron Oscar (¿o Carlos?). Fuimos a conocer la plaza de Bolívar, y conocimos otras palomas y olvidamos la estatua y tenemos fotos de telescopio guardadas en un carriel de paisa que no sé por qué razón llegó a nuestra caneca de hacer masato, en donde guardamos vejece varias. Esa plaza era una inmensidad, en las fotos se ve; sólo que yo no recuerdo haber estado sin dientes, y mi mamá no se parece a ella. Para llegar a la plaza había que subir por la calle once (porque arriba es siempre hacia los cerros, o sea que nuestro norte es el oriente porque allá volvemos), calle con tiendas de ropa de primera comunión, de matrimonio o de bautizo; calle con tiendas de sombreros, donde mi tío compraba sus sombreros cuando joven, después compró cachuchas y ahora no compra, o sea que no ha vuelto a comprar cosas para la cabeza aunque no es improbable que haya vuelto por los billares San Miguel. También se podía subir por la décima y el panorama no cambiaba mucho.

⁶ Homo academicus, dice Bourdieu.

Mi mamá era devota de San Judas Tadeo, santo que inauguró su iglesia en la décima con doce, al lado del Tía, frente a San Victorino, pasando la décima. Allí íbamos cada vez que íbamos al centro, a la iglesia, a rezarle al santo mi mamá y yo a prender las velas que se apagaban, a mirar temeroso las figuras doloridas, a escuchar, asustado y somnoliento la misa, a mirar a los lisiados que pedían limosna en la entrada, a aburrirme. Allí iba yo, colgado de la mano de mi mamá, saliendo de la iglesia a comprar el sahumero (yo le decía desaumerio), iba con las narices hinchadas por el olor de esas cosas, olor que era sólo de ese sitio y que disfrutaba, no sin las complicaciones inherentes, mientras duraba la compra que hacía mi mamá. Otras veces compraba ella el linimento chino (yo le decía nilimento), para aspirar cuando dolores de cabeza, dolores que entonces yo no padecía pero ella sí, o para aplicarse en las muelas huecas, a manera de calza, también para el dolor. También para friccionarse en la frente pero ahí si no me acuerdo qué cosa curaba el remedio. Ahí, a la salida de la iglesia de San Judas, me compró mi mamá mi primer anillo, una calavera plateada que pasó de mi dedo anular al meñique y de ahí al carriel de paísa, después se perdió, pero mi mamá reemplazó el viejo anillo de niño con otro que se encontró y asegura que es el mismo. Igual hace con otras reliquias, como con mis primeros patines, zapatos de lana que nunca se apoyan con firmeza en el piso dado el precario estado de las piernas de su dueño, un nené. Sobre la carrera décima, al costado de la iglesia, contra la pared de la iglesia y contra el límite occidental del andén, numerosas casetas sobrecargadas de productos casi todos desconocidos para mí, eran atendidas por las personas de los olores de ese sitio, personas extrañas de raro hablar y entre quienes los hombres usaban como faldas o vestidos largos y coloridos, y las mujeres unos chales grandes y todas eran gordas; ellos, me decía mi mamá, son los indios.

Lo decía con cierto respeto, como encendiendo una alarma, con el tono que ponía en la voz cuando quería que yo no fuera necio, porque a veces lo era. Pórtese bien, que estos son los indios, parecía decirme. Y yo me asustaba y trataba de no mirarlos muy fijamente, me quedaba muy cerca de mi mamá, apurando el trago lo mejor posible y queriendo que se acabara rápido, a pesar de que disfrutaba el olor, en todo caso para eso compraban el desaumerio. "Porque estos indios pueden ser

malos". No era lo mismo que cuando mi abuelita, en Fusa, hablaba del indio de mi tío, o del indio ese del Didacio, un primo que como casi todos los de su generación, dejó la casa a los doce o trece años para irse a recorrer el pequeño mundo de los pueblos de la zona del Sumapaz, a recorrer campos, a coger café o lo que fuera, que también eran malos por lo poco ajuiciados, pero no eran malos de malos sino de malos. A estos indios se les trataba con respeto, al menos mientras se les compraba. Cosa rara, porque a nadie de mi familia le gustaba ser llamado indio; si así se le llamaba, no era en su presencia o no era en serio, porque en serio era una ofensa. Pero es que estos sí eran raros, con esos ojos con ese hablado y con esa pinta; hasta borrachos parecían. Doble naturaleza de sensaciones o de pensamientos impulsaba a mi mamá a comprarles cosas a esos indios malos, que con las cosas que vendían podían traer el bien. El sahumero es para sacar los malos espíritus y para que huelga bueno, eso decía mi mamá.

No siempre que íbamos a la iglesia nos quedábamos a comprarle a los indios, pero para ir al Tía tocaba pasar por entre ese poco de casetas, yo le apretaba la mano a mi mamá. Duro. En el Tía, nombre de almacén que yo asociaba con mi tía Adela, la más querida, mi mamá me compraba gelatina, antes tocaba preguntar si le alcanzaba la plata; comía -¿o bebía?- gelatina verde o roja sentado frente a una mesa larga y angosta, comía encaramado en una silla flaca mientras mi mamá daba vueltas por el almacén y el celador me miraba cada nada porque mi mamá lo había dejado encargado de mirarme. Ella volvía con bolsas plásticas y nos íbamos a la sección de juguetes a mirar, yo siempre quería un balón. Varias veces nos tomamos fotos a la salida del Tía, contra los vidrios de las vitrinas, cortando por un momento el flujo de gente que pasaba de sur a norte y de norte a sur. Eran las veces en que más bravo me ponía porque no me compraba el balón; en realidad casi siempre eran fotos sólo mías. Ahora no tengo balón pero sí un montón de fotos perdidas otras regaladas otras entre el carriel y otras que deben estar refundidas en los archivos del local a donde había que ir a cobrarlas tres días después.

Cuando había que comprar ropa o zapatos, siempre para mí, nos pegábamos la patoniada. Empezábamos por el Golpe, en la calle 12 con décima, seguían el Caravana, y los otros ahí para arriba que no recuerdo cómo se llamaban. Ahí no comprábamos. Tocaba pasar la décima, me-

ternos a San Victorino, a dar vueltas preguntando y volviendo a preguntar, a pedir rebajas, a obtenerlas y a no comprar. Así le gusta a mi mamá, dar vueltas para volver al primer sitio en que preguntó. ¿Ya volvió madre?, decía el vendedor con una sonrisa que aún me fastidia.

Sábado, con el agua a punto de hervir, agua para tinto del que yo preparo, que es más rápido, porque el tiempo se va volando, se gasta como el agua entre las manos, o porque yo estoy de afán, el afán de sentarme a no dejarme escapar el momento de la escritura; en fin, el agua a punto de hervir, el agua para el tinto que preparo para mí y para ellos que ya casi llegan, cinco y 48 en mi reloj que se adelanta. Yo sigo en la casa fuerte, casi amurallada y sin una planta viva.

La Pajarera, casa rosada con niños estremeciendo las viejas tablas del corredor, a las seis y media de la tarde. Mujeres en la cocina sirviendo platos con maíz pira, en el que nunca pude vislumbrar paloma alguna, pero sí caras deformes y papas blancas, con plátano frito y con arroz. La comida, mi abuelita le decía la cena, eso era en Fusa, aquí era la comida, de los niños. Sentados en el piso con las piernas abiertas, con la espalda contra la pared y las manos recién mojadas en el lavadero, esperábamos a que nos fueran repartidos los platos. Y después el agua de panela (la agüepanela). Y después a esperarlas a ellas, las mamás, que se quedaban lamentándose y sacando cuentas y monedas de sus bolsillos descosidos. Esperarlas jugando un último juego, no muy brusco para no rebotarse, del estómago.

Dormir con los más pequeños o los más grandes, pero no solos, que las camas no sobran. Yo dormía con mi mamá; Glaydis con sus hermanos; Jhon con Víctor; doña Gloria con el marido y los hijos pequeños; doña Rosa con el hijo más pequeño y con don Manuel; y así todos. Hacinados pero tibios. Esas piezas nunca durmieron vacías, nadie sufría de insomnio, los que trabajaban porque trabajaban, los que jugábamos porque jugábamos, los que dormían plácidamente porque así lo hacían. En las mañanas había quienes revisaban las trampas para ratones, quienes encontraban evidencia de sus fechorías, quienes madrugaban tanto que nunca se les veía, quienes no habían llegado. Más no sé porque pocas veces madrugaba; entre más dormía mejor me iba en la escuela.

Cuando alguien no llegaba, ese era un marido o un hijo mayorcito (de más de 14) que se había quedado tomando por ahí. Borrachos hay

en todos lados, también en La Pajarera había, ahora se sentarán en el andén de lo que fue la casa, y quien pasase dirá que ese borracho se sentó en el andén del parqueadero, y tendrá toda la razón porque eso es un parqueadero. Eran comunes los que seguían después del fin de semana, dele a la tomata, que eran violentamente reclamados por las mujeres (que así se le dice a las esposas) y que por eso o por otras razones que nunca están claras, las golpeaban. Eso era un espectáculo para los niños, si no eran los hijos de los protagonistas, Vamos que don Manuel le está pegando a doña Rosa, y allá íbamos, a ver a don Manuel⁷ con la cara rasguñada y a doña Rosa tapándose el rostro, cada uno en una esquina del cuadrilátero, que después sería la pieza, esperando la ofensa próxima que desencadenara un nuevo round. Nosotros esperábamos. A veces llegaba el nuevo a veces no; él se iba con la furia en los ojos, empujando niños indiscretos a su paso, rebuscándose el último peso en los bolsillos del sucio pantalón, con la borrachera pasmada, a justificarse con los amigos que siguieran en la tienda o a dormir quién sabe dónde; ella lloraba y maldecía su suerte, levantaba las sillas caídas, cuadraba la cama, se aplicaba algo en el rostro para la hinchazón y recibía las caricias de alguno de sus hijos, que también lloraba.

Había largos ratos de silencio en la casa cuando eso pasaba. Había vergüenza ajena y propia. Había comentarios a media voz. Después, un día o dos, venían las disculpas y los perdones. También ocurría que no se decían nada el don Manuel y la doña Rosa, él llegaba del trabajo y se sentaba en la cama y ella le llevaba el tinto y después la comida y no hablaban más que lo necesario hasta que el rasguño empezaba a ser uno más, y el negro de los ojos⁸ podía ocultarse con un poco de base.

Cuando invariablemente no tomaban o lo hacían en cantidades menores, Una pa' la sé, era en Semana Santa. Cuando las mujeres de la casa seguidas por algunos niños y sus poco religiosos maridos visitaban los monumentos, iban a misas, a procesiones y demás. La Semana Santa, cuando estaba prohibido jugar, brincar, bañarse, lavar o barrer. El fin de semana más largo del año, según dicen los periodistas. También en Se-

⁷ Él había ido a jugar tejo o a jugar rana, había bebido muchas cervezas, olía a cigarrillo, a pólvora y tenía las manos sucias de greda o ennegrecidas. Bebió desde las diez del domingo, cuando lo llegaron a invitar, eso estaba "casado", después se fueron para otra tienda porque allí ya iban a cerrar. Amanecieron en otro sitio, del que después tuve conciencia, a donde las niñas, no sus hijas, y continuaron después para desenguayabar. Este lunes tocó no trabajar, algo diremos mañana.

⁸ El negro de la piel que los ojos rodea, que no el de los ojos negros de esas mujeres de ojos negros (las que oscurós los tienen) y manos maltratadas.

mana Santa íbamos a la iglesia de San Judas, ella era uno de los monumentos. Mamá con tenis y pantalón caminando en busca de iglesias.

Aquí bajan los vientos furiosos, vienen corriendo a hacer rugir los árboles del otro lado del río Fucha, el mismo que baja crecido; es de noche y hasta aquí, hasta la casa con tejas imprecisas, se oye el rodar profundo de las piedras que de tanto rodar se redondean. Pero lo que nos da miedo es el viento helado y esos árboles que al otro lado del río parecen irse a partir. Y las tejas de las casas de más arriba que pasan gritando estrepitosas. Un día, o una noche, mejor, de tormenta. Tormenta que baja imponente del páramo. Viene a causar estragos en las casas a medio construir, que son casi todas; aunque a favor de los dueños *podré aducir que nada está terminado.*

Eso es también una excusa para escribir líneas acerca del rumbo (del norte o del oriente, nuestro norte) de tantas palabras, las que antes de estas han sido escritas. A qué horas pondré fin a este capítulo, no largo, acerca de lo que ha venido discurrendo, porque estamos condenados a discurrir, como aguas de un río de meandro en meandro, de piedra en piedra, a qué horas dejarán de discurrir las palabras para dejar a otras palabras mostrarse en la fila que las palabras forman y que deben formar para ser leídas. La pregunta formalmente dirigida no se pregunta por las horas, pero es que la costumbre es lo más difícil de evitar, ni siquiera la pregunta se pregunta cuándo, tal vez se pregunta hasta dónde, tras qué tema serán medianamente mostrados los temas que quieren ser mostrados. Párrafo que explica el chiste o que introduce la discusión que será cuando ella sea. No aquí. Porque estas palabras no dicen más de lo que escrito está, que es todo lo que escrito está; lo escrito es la ilusión del pensamiento que se fijó en la fijación del que se fijó en la escritura que él mismo tendrá que releer para recordar. Eso por una parte; por otra (*¿o por la misma?*), *tendré que resignarme a no escribir más de lo que escriba.*

Un día domingo es un día de fritanga, de cerveza, de fútbol en el tierrero (campeonato de banquitas), de sol, de peleas de borrachos, de hijos extraviados en un pastal aldeaño a la tienda. Un día domingo hace tantos minutos como los que tienen tantas horas, estuve perdido de la casa en el extenso pantano de más allá del tierrero, cogiendo ranas y fabricando represas de barro en la quebradita, mientras lejos, en la cancha, los futuros ebrios de las seis de la tarde competían en el campeo-

nato. Recuerdo que sólo pone de presente la existencia de amplias zonas ajenas a la acelerada colonización de los terrenos de más arriba, en sectores aún más marginales de la ciudad. A donde seguíamos llegando del campo y de los pueblos. Más niños para más inquilinatos y para nuevas casas a medio construir en lomas reseca cuando sol y resbalosas cuando lluvia.

Barrio popular. Popular es escribir todo lo que está escrito y lo que no. Hará falta lo que se le ocurra. La basura acumulada en las esquinas o congelándose en las orillas del río, o de la quebrada, o rodando fácilmente por las cuestas en las que aún no hay casas de cartón o de madera o de ladrillos o de barro, porque de todo se ve en la villa del señor. ¿O en la viña? Perros de penúltima moda porque siempre ocurre que cuando llegamos a la moda, la cambian. Camiones destartados encaramados en un andén mientras hombres mujeres y niños lo llenan de ladrillos de segunda o de un trasteo de última hora (porque todo lo que está ocurriendo es de última hora); la ventana abierta por donde sale la música de Diomedes, Luis Alberto Posada, Vicente, El Charrito Negro, Olimpo, Oscar Agudelo, Cuco Sánchez, José Alfredo y todos los otros, que hay para todos los gustos que hay; la mujer asomada a la ventana en una corta interrupción de sus oficios. Ya no tendrán que ocurrírsele estas cosas, puede agregar las otras.

Aquí estamos, no todos ni muchos de nosotros, vamos de mi mano, de mis dedos. Nosotros, los que tenemos amigos esperándonos en la esquina; los lisiados; los que tomamos de más los fines de semana; los que usamos ruana para salir al centro; los que espiamos desde la ventana a los recién llegados; los que no leemos; los que escupimos después de gargajear; los que miramos con rabia; los que nos ganamos la pata; los que queremos irnos; los que tenemos un hijo atracador; los que trabajamos en la rusa; los que lavamos pisos en un hotel del centro; los que llevamos bozo y patillas y cachuchas; los que cuidamos a la abuelita; los que nos acostamos con las mujeres de acá; los que si; los que hacemos tareas; los que de vez en cuando fumamos marihuana; los malparidos; los que los saludamos; los que usamos piedras y tablas en los tejados para que los ventarrones que bajan del páramo no nos dejen con las estrellas sobre la cabeza; nosotros, los que regalamos sancocho; los agripados; los que evitamos el callejón; los vendedores

de lotería; los gonorreas; los que tenemos dos hijos muertos; los que tenemos un hermano asesino; los que nos fuimos; los apostadores; los que tenemos una niña de ojos azules; los que tenemos un dedo de más; los hijueputas; los que preparamos masato; los que nos asustamos cuando los vemos en la esquina; los emprendedores vendedores de lichégo; los que en un callejón atracamos; los que vemos amanecer con los ojos soñolientos; los que nos acostamos con las mujeres del centro; los que leemos Condorito; los que metemos perica; los que asoleamos las cobijas para quitar el olor a orines; los que buscamos la suerte en el pocillo; los que hacemos el chance; los que tenemos apodo; los que tenemos una abuelita en el campo; los que organizamos fiestas en la casa de un vecino; los que cocinamos con gasolina; los que sorprendimos a la mujer con otro; los que no; los embaucadores; los que tomamos chicha; los del apodo en la invitación al entierro; los que bailamos; los que tenemos cinco hijos que alimentar; los que no; los que vimos el Dai Apolón; los que tenemos los segundos pisos inacabados y los primeros inundados; nosotros, los que no escribimos ni hablamos de la manera en que estoy escribiendo; nosotros los que no tendremos voz en la escritura que me está ubicando en el rito del desprendimiento. No más para no caer en la confesión que debió ser lo primero, Pirobo hablamierda pirobo hijueputa, yo lo atiengo gonorrea⁹.

Estas son las condiciones del conocimiento, esta es la ilusión de las palabras.

⁹ ¿Será que tanta vulgaridad hace parte de las razones del cuerpo que la razón ignora? Debe ser porque parece ofendido el que habló. Este universalismo que me es permitido por empezar a ser investigador social, voluntariamente autoinvestigado, destructor de un pedazo de mi pasado, condenándolo a esas líneas... este universalismo tiene algo de cínico. Si escribo que confrontar Bourdieu y usted va, es posible que encuentre que no haya dicho eso cuando dijo del universalismo de los etnólogos; a mí me quedó esa sensación, más ahora que releo y corrijo y cambio notas de pie de página y me siento... pero no debería sentirme porque he decidido esconderme tras esta desnudez.

